

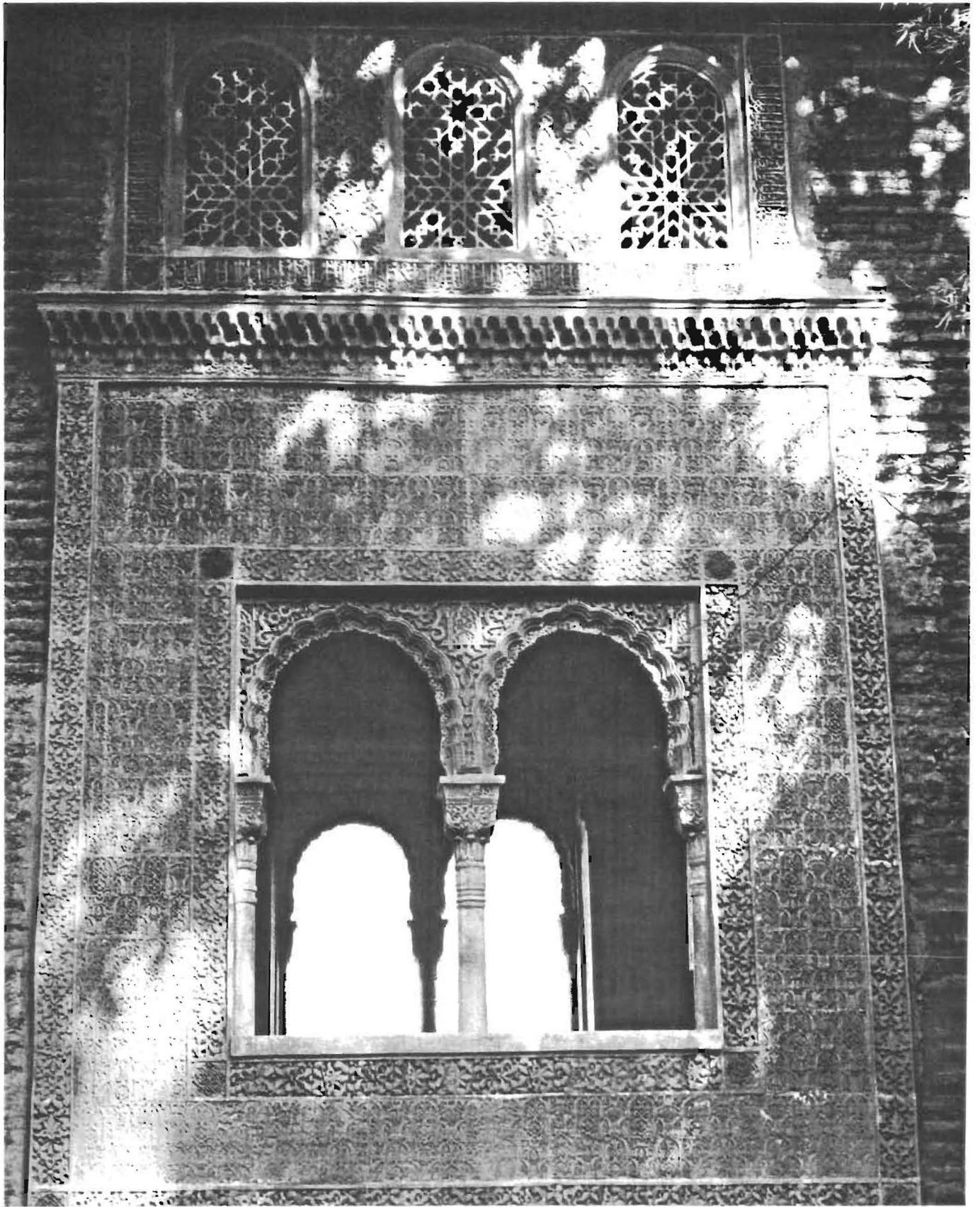
REALIDAD Y SÍMBOLO
DE

Granada



BANCO BILBAO VIZCAYA

1992



Función social de la poesía en el reino nazarí

CELIA DEL MORAL MOLINA



POCOS pueblos en la Historia de la Humanidad habrán dado mayor importancia a la poesía y a los poetas que el pueblo árabe a lo largo de todas sus épocas y desde mucho tiempo antes, incluso, de la aparición del Islam, y en pocas literaturas habrá tenido la poesía un papel tan predominante sobre los demás géneros literarios como en la Literatura Árabe, al menos hasta el renacimiento cultural (*Nahḍa*) que se produce en el mundo árabe a partir del siglo XIX y la consiguiente introducción en su literatura de géneros ajenos a la tradición árabe, como son el teatro y la novela.

Como dice Jamal Eddine Bencheikh al comienzo de su libro: *Poétique Arabe* (Véase, al final, Bibliografía): «Desde la época pre-profética

hasta el comienzo del siglo XX, la literatura en lengua árabe es esencialmente poética, y esto no significa (sigue más adelante) que fuese el único fruto de esta cultura, pero sí el primero, la expresión más significativa y la más original de su genio»... «el monumento más importante elevado a la gloria de una comunidad y de una conciencia colectiva, no individual» (Ben Cheikh; *Poétique Arabe*, Avant-Propos).

A lo largo de los siglos y desde la época pre-islámica (*ḡāhiliyya*), el poeta y la poesía ocupan un lugar privilegiado y respetado en la sociedad árabe, una tradición cultural tan profunda y tan arraigada que, a pesar de no contar con muchas simpatías por parte del Profeta al comienzo de su predicación, tuvo que ser acep-

tada y asimilada por la nueva religión y acabó reafirmandose y adaptándose a las diversas situaciones políticas por las que atraviesa el devenir histórico del pueblo árabe en su rápida expansión, y arraiga de una forma tan profunda que, hasta hoy, para la gran mayoría de los árabes, desde Oriente hasta el Magrib, la herencia poética o el legado cultural de la Poesía Árabe Clásica constituye una de las mayores glorias de su historia, hasta el punto de ser considerada por algunos críticos como la Mitología del Pueblo Árabe.

Solamente perderá su papel predominante en la estructura socio-política del Islam, bajo el dominio de un pueblo no-árabe, aunque sí islámico, el Imperio Turco-Otomano, y es precisamente el hecho de la no-arabidad de los gobernantes turcos y el tener otra lengua y otra cultura ajenas al árabe, la causa de que la poesía, con todo su bagaje histórico y su peso cultural en la conciencia de todos los pueblos arabo-parlantes, no sea apreciada por estos gobernantes ajenos a ella y en consecuencia, los poetas y literatos en general, queden desprotegidos, no sean estimulados a componer y toda la literatura árabe caiga en lo que algunos han llamado «la decadencia cultural» y otros «el período del sueño» para el mundo árabe, hasta su despertar con la Nahḍa a comienzos del siglo XIX.

Pero antes de esta decadencia, o al principio de ella para el Oriente, en Occidente, y en particular al-Andalus, donde no llega el poder de los turcos, la situación cultural es diferente. La

influencia cultural ejercida por Oriente desde el momento de la conquista, ha ido evolucionando con los siglos y desligándose poco a poco de ella hasta lograr una fisonomía propia: se produce una simbiosis cultural formada de aportaciones orientales, mezcladas o transformadas por el sustrato y la tradición autóctona, hispanomozárabe, que es la causa de que en muchos aspectos culturales: costumbres, literatura, el arte, al-Andalus tenga una personalidad propia diferente a la oriental, aunque la influencia de Oriente continúe ejerciéndose hasta el final, pero que había diferencias culturales es evidente y nos lo demuestran los numerosos escritos en los que se hacen parangones, bien para defender a unos o a otros o para marcar las diferencias.

En la literatura, y, concretamente, en la poesía, ocurre lo mismo que en el resto del mundo árabe medieval: el poeta va evolucionando y adaptándose a los tiempos que corren, y, según el momento histórico y las circunstancias políticas o religiosas, adquiere mayor o menor preponderancia, aunque podemos decir que su importancia no decrece, sino que va transformándose con los tiempos al mismo tiempo que se transforma la sociedad andalusí. Llegamos así a los últimos siglos de la historia de al-Andalus, al período comprendido desde mediados del XIII hasta el final del siglo XV, donde nace, se desarrolla y muere un estado que, si bien en principio parecía que no subsistiría mucho tiempo debido a su fragilidad y aislamiento, sin embargo va manteniéndose a lo largo de casi tres siglos,

con pocos medios y rodeado de enemigos por todas partes.

Es lo que hoy llamamos Reino de Granada o Reino nazarí, que, encerrado en sí mismo, separado de sus hermanos de lengua y religión por el mar, consigue mantener vivo el legado cultural de sus antepasados y producir, a la vez, sus propias aportaciones artísticas, científicas y literarias a la cultura árabe, cuyas muestras son de todos conocidas.

En este momento, la poesía ocupa un lugar tan importante como en los siglos anteriores en al-Andalus. Pero ésta ya no es la misma de antes porque las condiciones políticas, económicas y sociales tampoco son las mismas, y, al igual que los materiales con que se construyeron los palacios de la Alhambra no son los mismos que los utilizados en la Córdoba califal, la poesía tenía, por fuerza, que reflejar las condiciones y la psicología de la sociedad que representaba, y estos condicionantes darán lugar a una nueva estética y a una nueva sensibilidad literaria que, nos guste más o menos que la de los siglos anteriores, es diferente porque es un producto de su época y de una concepción diferente del mundo que le rodeaba, aunque no falten las reminiscencias clásicas.

En otro lugar he comparado a la *tauriya*, un tipo de poema breve, con doble sentido, que es un exponente muy representativo de esta época, un alarde retórico, con los adornos de lacería y ataurique de la Alhambra: ambos fueron crea-

dos en la misma época y probablemente respondieron al mismo concepto de ornamentación y profusión de adornos (Véase, «Tawriyas en el Reino Nazarí»), ¿por qué entonces consideramos decadente a un arte y no al otro?

Se han dicho muchas cosas de la poesía del período nazarí: que es decadente, estéril, anquilosada en el pasado, y esto, que a mi modo de ver es injusto, puede ser cierto si lo miramos sólo desde nuestra perspectiva literaria actual y occidental, suponiendo, claro está, que la estética occidental de finales del xx sea una sola y verdadera, porque ¿hasta qué punto en arte o en literatura hay verdades inmutables? o ¿qué concepción de todo esto tendrán los críticos dentro de 50 años?

Quizás lo más correcto sería dejar ya de comparar a estos poetas y a sus obras con los que les precedieron y, dejando a un lado las calificaciones subjetivas, comenzar a estudiarlos en su época, en sus circunstancias sociopolíticas y en su concepción literaria; tratar de averiguar cuáles eran sus fuentes de inspiración, sus ideales (si es que los tenían) y, sobre todo, cuál era la función social que cumplía la poesía y los poetas de la Corte nazarí.

Y me voy a referir solamente a la Corte y a los cortesanos que circulaban por ella porque éste era el lugar en donde se centralizaba la producción poética que nos ha llegado. Desgraciadamente es casi lo único que tenemos

porque, si hubo poetas populares que compusieran sus poemas para el pueblo, como en el siglo XII Ibn Quzmān, nada nos ha llegado hasta ahora, bien porque a los autores de antologías no les interesara este tipo de poemas, o bien por esa resistencia de los árabes desde siempre, a recoger por escrito la lengua dialectal y darle categoría de obra literaria, lo que ha hecho que, salvo en raras excepciones, se pierda para siempre un importantísimo caudal de literatura popular, a menudo más rico y espontáneo que la literatura cortesana.



El tema que yo quiero plantear aquí y que da título a este trabajo es una reflexión que me sugirió hace años la lectura de un libro: en su introducción al *Libro de la Magia y de la Poesía* de Ibn al-Jaṭīb, su editor y traductor, José Manuel Continente, plantea una serie de preguntas que me hicieron reflexionar y me parecieron muy novedosas porque, de alguna forma, rompían con la tradición persistente en nuestro arabismo de considerar a la poesía de la última etapa en al-Andalus como decadente, falta de originalidad, etc.

Estas preguntas y reflexiones del profesor Continente son, en resumen: se ha definido la poesía del Reino nazarí como «álgebra intelectual», «jeroglíficos líricos» y «poca inteligibilidad» (Ver cita textual en la Introducción a este libro, p. 28), pero..., «¿qué preocupaciones han dado origen a tal concepción?, ¿cuál es el

papel que desempeña la poesía en el ámbito de la cultura, y cuál es, en realidad, su función social?»; y por último, «¿nos encontramos ante el anquilosamiento de la composición poética o ante una nueva forma de concebir la creación poética?»

Y aquí llegamos a la pregunta definitiva: ¿para qué sirve la poesía y qué función tiene el poeta, en ésa o en cualquier época?

Para la que nos ocupa, el mismo autor intenta contestar a sus preguntas:

– El poeta ya no es un panegirista a sueldo de grandes señores o mecenas que divierten en las tertulias.

– Tampoco es el poeta vagabundo que recorre los pueblos y las plazas recitando sus canciones para poder comer.

– No es el aristócrata dotado de una exquisita cultura, que se precia de ser un excelente compositor de poemas, aunque también hay que admitir que también se dan casos de poetas entre los mismos príncipes de la casa real: Yūsuf III, autor de un extenso Diwan, o el príncipe Ismā'īl ibn al-Aḥmar, autor de dos importantes obras de recopilación poética en las que incluye sus propios poemas.

Pero, salvo raras excepciones y en líneas generales, el poeta es un burócrata que ejerce



La Corte de Abderraman, Dionisio Baixeras, 1885. Paraninfo de la Universidad de Barcelona



Encuadernación mudéjar, s. XIV. Biblioteca de la Catedral de Segovia

una profesión, generalmente la de *kātib* (secretario), y la poesía es una de sus funciones, para la que ha sido contratado, y gracias a la cual, si es bastante bueno y agrada al monarca, puede conseguir ascender en la vida política de la Corte y llegar, incluso, al máximo rango, es decir, al puesto de primer ministro —siempre y cuando sea lo bastante hábil y tenga, además, otras cualidades necesarias para el ejercicio de la política—.

Esta doble función ya la señaló M^a. Jesús Rubiera en su libro: *Ibn al-Ŷayyāb, el otro poeta de la Alhambra*, a propósito de la institución del *Dīwān al-Iušā'* (ministerio o secretaría donde se redactaban los documentos oficiales). Señala o cree en este libro la profesora Rubiera que otra de las funciones de los *kuttāb* (secretarios o funcionarios de este departamento) era la composición de panegíricos o casidas *sulṭāniyyas*, para ser recitados en los fastos oficiales.

El profesor Emilio García Gómez, en su reciente libro: *Foco de antigua luz sobre la Alhambra*, basándose en un texto de Ibn al-Jaṭīb, *Nuṣāḍat al-ŷirāb*, nos brinda, en boca de un espectador de excepción, la descripción de una de esas maravillosas fiestas celebradas en la Alhambra, en un gran pabellón montado ante el mexuar de Muḥammad v, con ocasión del *mawlid* (conmemoración del nacimiento del Profeta) del año 1362, y en el que uno de los platos fuertes de la fiesta, que duraba toda la noche, era la recitación de las casidas *mawlūdiyyas*, compuestas para la ocasión por los mejores

poetas de la Corte y recitadas por un cantor oriental, el cual, según Ibn al-Jaṭīb, era especialmente nombrado para las recitaciones reales y se distinguía por pronunciar bien el *i rāb* (la desinencia final de las palabras) cosa que, como en la actualidad, no debía ser corriente en el habla normal; también era notable por leer los versos a la perfección.

Otra de las atracciones de la fiesta fue la presentación de un horologio, un complicado artilugio para dar las horas que, movido por la llama de un cirio, hacía desprenderse cada hora un billete que el encargado entregaba al rapsoda para que lo recitase.

La noche del famoso *mawlid*, como en otros muchos de los que tenemos noticias, aunque no tan pormenorizadas como de éste, el número de casidas recitadas sobrepasó el cuarto centenar —y tengamos en cuenta que el número de versos de estas casidas oscilaba ente 29 y 128 versos—. En cuanto a los poemas de las horas que salían del artilugio para ser recitados en su momento, fueron once (las horas que duró la fiesta) y en esa noche famosa eran poemas de lujo, compuestos por el mismo Ibn al-Jaṭīb, que aún era primer ministro de Muḥammad v. escritos, según él, con desgana y a disgusto, aunque procurando no decayesen del nivel de la buena poesía.

Del efecto que producía en la concurrencia la recitación de los poemas, sobre todo de las

casidas *maulūdiyyas*, el mismo Ibn al-Jaṭīb nos lo describe:

«(Tocante al cantor-recitador)... siempre que llegaba a un pasaje que suscitaba la emoción, los sueños y faquires, tanto los verdaderamente entusiasmados como los que declaraban estarlo, lo acogían con fervor, se armaba la trapatiesta y se sucedían sin tregua las danzas, reinaba la enajenación y se alzaban verdaderos clamores» (V. *Foco de antigua luz*, p. 156).

Este párrafo nos confirma que esta clase de poesía, que hoy nos puede parecer decadente y hueca, era la que gustaba al público de entonces, si bien hay que dejar claro que se trataba de un público culto y hasta cierto punto refinado, particularmente religioso según se desprende del texto, ya que se trataba de una celebración religiosa y cortesana, y que, aunque fuera una minoría –como siempre ha sido y sigue siendo el público que lee o acude a oír poesía– la entendía y la apreciaba hasta el punto de provocar el paroxismo, y por eso los poetas la componían así, siguiendo el gusto de su época, y por eso eran llamados a la Corte y colmados de honores.

Otros muchos poemas de este tipo se han conservado de esta época: hermosas y largas casidas compuestas ex-profeso para ser recitadas en las conmemoraciones oficiales, no sólo para la celebración del *maulid*, sino también para la fiesta del *Fitr* (ruptura del ayuno), en ocasión del nacimiento de un príncipe, para felicitar al rey por la curación de un enfermedad (de él o de sus hijos),

en celebración de alguna victoria militar... en definitiva, una de las más importantes funciones de la poesía era cantar y dejar constancia para la posteridad de los fastos y celebraciones de la Corte; en este momento el poeta, al igual que en la Arabia pre-islámica, era el cronista oficial de los acontecimientos políticos y sociales, como en la antigüedad era el relator de las hazañas de la tribu.



Pero no sólo para esto servía la poesía, no sólo estaba presente en la Corte, sino que también era utilizada constantemente en la vida social de la ciudad. Esto es lógico: si se había creado y potenciado una clase de funcionarios-poetas y se premiaban sus improvisaciones y sus cualidades literarias, en una sociedad donde tanto los médicos como los jueces, alfaquíes o notarios componían poemas, no es raro que la poesía –sin mayúscula, la poesía cotidiana– se utilizara a diario, en la vida privada y social de estos funcionarios, aunque no olvidemos que se trataba de una clase elevada y con una sólida formación intelectual, una clase que estaba entre la nobleza y la alta burguesía, aunque a veces sus orígenes fueran humildes, como parece que fue el caso de Ibn Zamrak. Pero hay que reconocer también que en la sociedad árabe granadina, no era muy difícil para una persona de clase modesta o proveniente del campo, alcanzar una educación superior y entrar a formar parte del funcionariado y de la Corte, y tenemos un buen número de ejemplos que corroboran este hecho.

La poesía en la literatura árabe clásica, y especialmente en esta época, sirve de vehículo de comunicación social, como es el caso de las *ijwāniyyāt* (derivado de la palabra *ijwān*, plural de *aj*, hermano o amigo íntimo), que son una clase de poemas-misivas compuestas y enviadas a los amigos con diferentes motivos: interesarse por un enfermo o felicitarlo por su curación, invitarlo a una fiesta, felicitación por un casamiento en la familia o por un compromiso matrimonial, por el nacimiento de un hijo o una hija, acompañando el envío de un presente, y muchos otros usos similares que hoy efectuamos mediante el teléfono o el envío de una tarjeta impresa.

En estos poemas es en donde quizás encontramos mayores muestras de sensibilidad y calor humano, de vida cotidiana, más que en las casidas sultaniyyas donde el estilo tiene que ser a la fuerza más ceremonioso e impersonal. Algunos ejemplos concretos de este tipo de poemas los he citado y traducido en mi artículo: «notas para el estudio de la poesía árabe-granadina» (Ver Bibliografía final).

Entre estos ejemplos, podemos citar un poema que Abū -l-Ḥayyāy al-Sāhilī, preceptor de los príncipes nazaríes envía al ministro Ibn al-Ḥakīm, al que habían alcanzado unas fiebres que dejaron en su labio unas pústulas, y de un hecho tan poco poético hoy para nosotros como éste, consigue su autor un delicado poema que termina con el verso:

*«No se contentó (la fiebre) con trabar contacto
con tu cuerpo, sino que besó tu boca»*

En otro de los casos, Abd al Raḥmān ibn 'Abd al-Mālik, paisano de Ibn al-Jaṭīb (era oriundo de Priego, pero se crió en Loja), le envía un pequeño poema a éste, invitándole a la circuncisión de su hijo, fiesta que debía tener una gran trascendencia social, e Ibn al-Jaṭīb le contesta con otro poema similar.

En muchas ocasiones, estos poemas eran improvisados, cuando la ocasión era propicia, o al menos, así nos lo dicen los antólogos y recopiladores de poesía, lo cual demuestra el dominio y la práctica cotidiana de componer poemas que tenían estos autores, así como, debido a su gran formación en la poesía clásica, la habilidad para responder en cualquier momento con un poema o verso de cualquiera de los poetas antiguos.

En cuanto a los regalos, también tenemos ejemplos concretos: Ibn Bībās al-'Abdarī, maestro de Ibn al-Jaṭīb, dirige un poema a un noble llamado Abū l-'Abbās, en agradecimiento por haberle enviado aquél unos cálamos, y Abū Ŷa'far al-Ilbīrī envía a un amigo una *ṭāqiyya* (especie de gorro o tiara adornada con bordados) como presente, acompañada de otro poema a modo de dedicatoria para el regalo, cuyo primer verso dice:

*¡Acéptala como un presente de quien se enorgullece
de tu compañía!*

Mientras que en el poema de los cálamos, dice Ibn Bībās:

*«De tus dedos ilustres cuyo fluído de generosidad
[se desborda
como la abundancia del aguacero con la nube
[pródiga,
me vino un objeto precioso cuya punta semeja,
[al desenvainarse,
a lo afilado de las lanzas »*



Además de estas funciones de comunicación social y poesía de circunstancias, el otro gran motivo por el que se caracteriza la poesía de esta época es la descriptiva: pero no descripción de la naturaleza ni de ríos o montañas como en otras épocas anteriores, sino la descripción minuciosa de jardines, objetos de la vida cotidiana, poemas florales (*nawriyyāt*) y sobre todo, descripción de edificios y construcciones, fuentes, patios, es decir, la poesía epigráfica, poemas especialmente compuestos para ser grabados, con lo cual la funcionalidad de la poesía llega a su grado más importante.

Dejando a un lado este aspecto de la poesía epigráfica, quiero señalar otros poemas que se componen para ser grabados, bordados o estampados en diferentes objetos que forman parte del atuendo o del ajuar doméstico, y esta afición se debe, en gran parte, a la enorme capacidad de adecuación de la caligrafía árabe para la orna-

mentación, así como ductilidad de sus letras, arte que goza de una gran tradición desde los primeros siglos del Islam. Como ejemplo podemos señalar un bello poema en forma de *tauriya* (Véase mi artículo ya citado sobre esta figura retórica en el Reino nazarí), cuyo autor es al-Numayrī, un poeta cortesano del siglo XIV, uno de los más claros ejemplos del poeta-secretario, y que constituye un juego de palabras o adivinanza, destinado a ser grabado en un escudo militar, con versos alusivos a su destino:

*«Yo soy el escudo (tars) creado como pertrecho
[militar,
para el día de la lucha, cuando sobreviene
la aurora de la victoria.
Salid conmigo al encuentro de los enemigos
cuando atacan y no os preocupéis
de las puntas brillantes de las lanzas.
No desaprobéis que yo oculté al caído que me porta,
pues en mi nombre, como veis, están las letras
del ocultamiento (sitr) ».*

Como puede verse, en árabe hay un juego de palabras o anagrama con los términos *tars* y *sitr*.

En otro caso, Ibn al-Azraq, un poeta de finales del siglo XV, compone un poema sobre «lo que se debe grabar en una espada»:

*«Si cubren el horizonte nubes de polvo levantado
[por la guerra
observa en ella un destello producido
por el brillo de mi fulgor.*

*Y si alcanzan las acciones victoriosas la tierra de los
[enemigos
la conquista sólo se debe a la acción de mi filo»*

En éstos, como en otros casos, el objeto toma la palabra en el poema para describirse a sí mismo y exponer sus cualidades y utilidad. Precisamente en la exposición *Al-Andalus*, con cuyo motivo celebramos estas jornadas, hemos podido contemplar algunos objetos decorados con este tipo de poemas; concretamente, un bote de marfil del siglo XIII (que figura en el *Catálogo* con el nº52) y una jarra (que figura con el nº 109), cuyo poema, traducido por C. Barceló, alude, en grandes caracteres, a las cualidades y finalidad de la pieza, como en los casos anterior-

res. En ambos casos también, el objeto habla en 1ª. persona.

Sabemos que hubo poemas para ser bordados o estampados en telas: trajes, túnicas, capas, cortinajes, banderas, jarrones, arquetas... en fin, un uso cotidiano y práctico de la poesía para las múltiples funciones de la vida política y social, así como de la vida cotidiana, tan alejada de nuestra concepción actual de la literatura, que resulta difícil de entender, pero que, en todo caso, y a mi modo de ver, no puede calificarse de decadente o ininteligible sin que nos detengamos antes a reflexionar sobre cuál era su sentido real y el lugar que ocupaba en la vida y en la sensibilidad artística de la sociedad nazarí.



▼ Referencias bibliográficas en pág. 341